

Los integrantes de la pandilla de la esquina "La Vencedora" tenían fama de guerrilleros terribles y valientes. Habían conquistado muchas victorias, algunas de ellas muy sonadas y contra la chiquillería de barridas enteras. El "ejército" era relativamente pequeño, pues a lo sumo llegaría a sesenta combatientes, pero contando entre ellos algunos muchachos muy fuertes y muy desarrollados, como los dos Madriz, el Chino Mesén y otros cuantos, casi verdaderos hombres con pantalones cortos, que formaban el Estado Mayor y encabezaban siempre los ataques, como para dar ejemplo de valor a toda la resuelta tropa. También en las otras pandillas abundaban los muchachos grandes y resueltos; pero cuando nuestro minúsculo ejército, armado de palos, flechas* y grandes piedras, se lanzaba al asalto al grito de "¡Viva La Vencedora!", era muy difícil que lo pudieran contener. En las filas de tan valiente ejército combatía yo con todo el ardor de mi temperamento y arrastrado por mi imaginación, exaltada ya por las hazañas de los piratas de Salgari y por las aventuras de Buffalo Bill. Y con él participé una noche en la más terrible, sangrienta y descomunal batalla de muchachos que hayan contemplado los siglos, batalla en la que mi ejército tuvo muchas bajas, pero en la que se batió heroica y bizarramente, cubriéndose de gloria inmarcesible.

Resultó que los muchachos del barrio de La Merced, muy numerosos por cierto, esperaban para esa noche un ataque de las tropas del extenso y poblado barrio del Paso de la Vaca, que eran muy combativas y las más nutridas de la capital; y, temerosos de un desastre, enviaron una delegación a pedir socorro a los de "La Vencedora", para que fuéramos a participar, como aliados, en la defensa de la plaza. Por primera vez tomaríamos parte en la defensa de una fortaleza, porque jamás nos habíamos visto obligados a rechazar en nuestra esquina ataques de enemigo alguno: nosotros acostumbrábamos asaltar siempre la plaza del enemigo, y cuan-

do éste intentaba tomar la iniciativa, entonces nuestro Estado Mayor enviaba espías desde muy temprano a indagar por dónde avanzaban los presuntos atacantes, e íbamos a encontrarlos para caer sobre ellos en cualquier sitio propicio. Así, además de la ventaja que nos daba la sorpresa, podíamos batirnos bien lejos de nuestras casas, lo que resultaba muy conveniente para todos nosotros.

A las seis en punto de la tarde ya estaba nuestra tropa formada en la esquina de "La Vencedora", mientras los jefes efectuaban una severa y minuciosa revisión de armas. Cada combatiente debía estar equipado con su recia varilla de café y con una amplia *chuspa** llena de piedras, escogidas del tamaño de las que cada quien pudiera lanzar por alto a la distancia de cincuenta metros, por lo menos; y tener además los bolsillos repletos de piedrecillas redondas, para la terrible flecha que llevábamos todos metida en la cintura y prensada con la faja. Esta era el arma que se empleaba para defenderse o agredir a larga distancia y para ciertas operaciones de francotiradores. Por cierto que nuestro jefe de francotiradores era el famoso Zurdo Rodríguez, el más hábil flechero que disparara piedras en los entonces belicosos barrios de la capital.

Minutos después el ejército se ponía en marcha, por media calle y con paso muy marcial, rodeado por todos los muchachillos más pequeños del vecindario y del cercano barrio de Santa Lucía, los que en compacta multitud aclamaban ruidosamente a tan gallardo ejército y lanzaban vivas a "La Vencedora", para irnos a despedir con esas bullas hasta una esquina en donde el Chino Mesén, nuestro Comandante en Jefe, con una orden severa y terminante logró que se regresaran todos.

Cuando desembocamos a la plazuela de La Merced, en el centro de ésta hervían en bullicioso hormiguero más de doscientos muchachillos que recibieron la aparición de nuestro pequeño ejército con una larga y clamorosa ovación. Y por todas partes se alzaban grandes montones de piedras, que debían servir de trincheras y de munición de mano al mismo tiempo, para defender la plaza. El Chino Mesén mandó hacer alto en la esquina y reunió su Estado Mayor, para conferenciar allí rápidamente. Yo alcancé a oír al Macho Madriz, cuando decía en tono despectivo y refiriéndose a la pequeña estatura de la mayoría de nuestros aliados:

—¡Esa es pura mostacilla! ¡Todos esos salen corriendo apenas oigan roncar la primera piedra, y nos van a dejar solos en esta plaza que es muy grande pa defenderla! Lo mejor es que ataquemos nosotros solos...

Nuestros experimentados jefes consideraron muy peligroso esperar el ataque en esa plaza, y que era mejor adelantarnos, para ir a darle en sus propios reductos una sorpresa al enemigo, de acuerdo con el siguiente plan: Nosotros, los de "La Vencedora", atacaríamos primero y por la calle más propicia, amenazando con nuestro avance el corazón del barrio y haciendo mucha bulla, para atraer a esa calle todo el ejército enemigo, al que tendríamos que contener y entretener allí, después, a flechazos y pedradas, mientras los muchachos de La Merced, organizados en dos ejércitos y avanzando rápida y sigilosamente por otras dos calles del barrio, a nuestra derecha y a nuestra izquierda, nos sobrepas-

saban e iban a salir por detrás del enemigo y por las bocacalles de los lados, para encerrarlo así y atacarlo luego todos al mismo tiempo y de todas direcciones hasta obligarlo a rendirse. Este era el plan; y si nuestros aliados no lo aceptaban, inmediatamente nosotros nos iríamos para nuestras casas.

Todo eso explicó el Chino Mesén, a grandes voces, ante las tropas de La Merced, que aceptaron el plan y lo aclamaron calurosamente. Nosotros también aplaudimos llenos de entusiasmo, aunque nos tocaba realizar la parte más difícil y peligrosa de la operación. Con semejante estrategia, y un poquito de coraje, la victoria era un hecho indiscutible. Pero algunos espías debían andar colados por allí, entre nuestros aliados, que de alguna manera lograron informar al enemigo, con toda clase de detalles, lo que nosotros pensábamos hacer. Sólo así se podría explicar lo que ocurrió después, en el curso de aquella fiera y memorable batalla.

Cuando el reloj de la iglesia de La Merced daba las siete de la noche, ya nosotros nos íbamos internando muy lentamente en el barrio del Paso de la Vaca, por el centro de la calle más deshabitada y lanzando vivas a "La Vencedora" y gruesos insultos contra el barrio que invadíamos, para llamar la atención. Así avanzamos doscientas varas, sin que el enemigo apareciera por ninguna parte. Llegábamos a la tercera esquina cuando, cincuenta varas más adelante, surgió de pronto un grupo de muchachos gritando y lanzándonos piedras, para correr un momento después calle adelante, en cuanto replicamos sus pedradas, en una huida que nosotros celebramos con grandes risas y agudos silbidos de burla; pero no emprendimos su persecución ni aceleramos el paso siquiera, para dar tiempo así a que todo el ejército enemigo se concentrara y resolviera salirnos al encuentro, calculando nosotros poderlo esperar entonces atrincherados en una bocacalle. Todo eso lo iba disponiendo y explicando sobre la marcha nuestro astuto y valiente Comandante en Jefe.

En la siguiente esquina surgió otro grupo de guerrilleros, que después de lanzar unas cuantas piedras también echó a correr calle arriba, como el primero; pero esta vez el certero flechazo del Zurdo Rodríguez hizo caer a uno de ellos, que se levantó dando aullidos de dolor y, llevándose las manos a la cabeza, emprendió una desesperada fuga en otra dirección, dejando botadas allí su flecha y su varilla, que nosotros, muy entusiasmados, nos apresuramos a recoger como primeros trofeos de guerra.

Pero esas presurosas retiradas del enemigo como que hicieron entrar en sospechas al Chino Mesén, nuestro Comandante en Jefe, quien mandó hacer alto en esa esquina y después de un ligero cambio de impresiones con su Estado Mayor dividió la tropa en cuatro pelotones de quince hombres, con sus respectivos jefes. El primer pelotón, del que yo formaba parte, encabezaría el avance al mando del propio Comandante en Jefe, como vanguardia del ejército y desplegado a todo lo ancho de la calle; el segundo pelotón debía echarse a la acera izquierda y avanzar por allí en larga fila india, a las órdenes del Macho Madriz; el tercero haría lo mismo por la acera derecha, jefeadó por el Gordo Madriz, her-

mano del Macho; y el cuarto pelotón, bajo el mando del Zurdo Rodríguez, formaría la retaguardia, un poco atrás de los otros y desplegado también, como el primero, a lo ancho de la calle. ¡Oportuna y salvadora disposición de nuestro Estado Mayor!

En ese orden continuamos el avance hacia el Norte, por la misma calle, acercándonos poco a poco al corazón del barrio y siempre lanzando gritos de desafío, aunque ya comenzaba a extrañarnos mucho no ver aparecer el grueso del ejército enemigo. De pronto, cuando íbamos mediando una cuadra, el Chino Mesén ordenó hacer alto de nuevo a todos los pelotones y demandó silencio. Viniendo de muy atrás, como del Suroeste y del Sureste y de ambas direcciones al mismo tiempo, llegó entonces hasta mis oídos el claro rumor de una nutrida y tumultuosa gritería que lentamente se iba alejando y apagando hacia el Suroeste, hacia la plaza de La Merced. ¿Qué estaría ocurriendo allá? Nosotros calculábamos que los dos ejércitos de La Merced, que tenían que avanzar formando las dos alas del nuestro, debían habernos sobrepasado ya y estar en esos momentos en el corazón mismo del barrio, cerrándose en tenaza sobre el final de esa calle que íbamos subiendo, para juntarse allí y bajar luego por ella hasta encontrarse con nosotros, si resultaba que el enemigo, por haber abandonado la lucha, no aparecía por ninguna parte. ¿Qué significaba entonces aquella lejana algarabía hacia el Sur, a nuestras espaldas? ¿Sería que el avisado enemigo, yendo a esperar nuestros dos ejércitos aliados a la entrada misma de las calles, los había sorprendido y derrotado allí, poniéndolos en vergonzosa fuga? ¿Y harían eso para lanzarse después sobre nuestra tropa, considerada por ellos como la más agresiva y peligrosa?

Nuestro Comandante en Jefe nos planteó a su manera y en voz alta todas esas dudas. Y de ellas nos vino a sacar en ese mismo momento la aparición, allá adelante, de un bullicioso contingente enemigo doblemente mayor que el nuestro y que bajando rápidamente por nuestra misma calle se atrincheró en la esquina, para atacarnos desde allí, cerrándonos el paso. Al mismo tiempo un clamor de guerra surgió de todos los oscuros patios vecinos y por detrás de las cercanas tapias, mientras multitud de piedras, viniendo de todas direcciones en espantosa y cerrada lluvia, comenzaban a roncar sobre nosotros y a levantar en nubes el polvo de la calle. Como nuestro pelotón estaba desplegado en media calle, entre nosotros causó más bajas esa sorpresiva andanada: varios resultamos golpeados y tres compañeros, seriamente heridos, se tiraron entre el desagüe gimiendo. A mí una piedra me rozó la frente y levantóme un chichón, y otra, de rebote, vino a dar contra mi rodilla, acalambándome la pierna izquierda.

—¡A las aceras todo el mundo, y que no se afloje nadie!—gritó el Chino. Y a grandes voces distribuyó el fuego de nuestros cuatro pelotones:

Nosotros teníamos que disparar contra la tropa que estaba allá adelante, en la esquina; los combatientes del Macho Madriz debían cubrir con sus disparos los patios y tapias de la derecha y los del Gordo Madriz los de la izquierda, mientras el Zurdo Rodríguez, con su gente, le ayu-

daba a todos y vigilaba la calle hacia el Sur, por donde de un momento a otro, si las sospechas del Comandante en Jefe se confirmaban, debía aparecer el grueso del enemigo. O combatíamos allí como demonios en espera de un milagro, o nos tendríamos que rendir, porque muy pronto se iba a cerrar el único camino que nos quedaba para una retirada. Por eso el Chino, como yo me encontraba cerca de él en ese momento, ordénome en voz baja:

—¡Métase usted en el cajón de esa puerta, ¡carajo!, y con la flecha me quiebra los vidrios de aquella casa, mientras yo le doy valor a los muchachos! ¡Allí deben tener teléfono, y es mejor que venga la policía a terminar con esta carajada, porque ya nos está llevando el diablo y horita nos acaban de rodiar! ¡Ojalá deje esa casa sin vidrios! — Y me señalaba una casa muy hermosa, con grandes ventanas de cristal y un jardincillo al frente, que estaba un poco atrás de la esquina que ocupaba el enemigo y a la derecha de la calle.

Obedecí inmediatamente y estirando muchos los hules logré acertar blancos magníficos, haciendo trizas las ventanas de aquella casa, lo que por cierto pareció sembrar la confusión entre la tropa enemiga que se atrincheraba en la esquina.

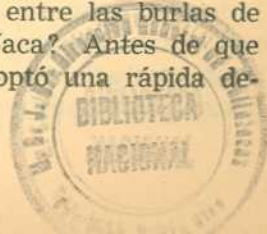
El Chino había dicho verdad: nuestra situación era muy comprometida. Unos cuantos muchachillos, desmoralizados del todo, casi llorando habíanse tirado a los desagües, sin querer utilizar sus armas. Y muchos compañeros estaban golpeados o heridos; pero éstos y los demás combatientes continuaban gritando y peleando con furiosa desesperación, aunque la mayoría tenía que hacerlo a ciegas, pues sólo nosotros, los del primer pelotón, sabíamos con certeza dónde estaba el enemigo contra el que disparábamos: los otros lanzaban sus piedras al cálculo, contra los oscuros patios y por encima de las tapias. Nuestro Comandante en Jefe tenía una herida en la cabeza y grandes manchas de sangre en la espalda; pero, en un constante desafiar las piedras enemigas que arreciaban, seguía corriendo de una acera a otra, y gritando:

—¡Arriba, muchachos! ¡Salgan de los caños y se paran duro! ¡Junten las piedras que tiran esos *pendejos**! ¡Horita nos llegan refuerzos!

Y eso mismo gritaban los otros jefes, hasta que el Zurdo Rodríguez llegó corriendo a donde estaba el Chino y señalando hacia el Sur le gritó:

—¡Mirá lo que viene por allí...!

Allá lejos, viniendo hacia nosotros y cubriendo toda la calle por largo trecho, avanzaba un amenazante ejército de muchachos enemigos que, envalentonados con la fácil victoria que acababan de obtener sobre nuestros aliados, gritaban como demonios y venían dispuestos a hacer morder el polvo de la derrota a nuestra pequeña y ya muy maltratada tropa. Nos quedamos fríos. ¿Tendría el siempre victorioso ejército nuestro que rendirse íntegro, para ser paseado después, entre las burlas de sus enemigos, por todas las calles del Paso de la Vaca? Antes de que cundiera el pánico, nuestro Comandante en Jefe adoptó una rápida decisión:



—¡Vos, Zurdo, y ustedes también! ¡Quiebren a flechazos esa condenada luz de la esquina! ¡Pero es ya! —nos gritó, refiriéndose a la lámpara que iluminaba la bocacalle desde la cual el enemigo, atrincherado, nos estaba cerrando el paso desde el principio de la pelea.

Una cerrada descarga nuestra hizo añicos esa lámpara, y entonces el Chino Mesén, aprovechando la oscuridad, se echó a media calle, gritando:

—¡Aquí, todos, conmigo! ¡El que se quede y caiga prisionero, lo apalean esos bandidos esta noche! ¡Vamos a tomar la esquina, muchachos, porque esa es la única salvación! ¡Los más grandes tienen que ir adelante, a la par mía!

Hasta los que estaban en los desagües se echaron a la calle, y todos, arrastrados por el ejemplo de nuestro Comandante, corrimos hacia la esquina, en la misma forma que acostumbrábamos hacerlo siempre que efectuábamos esos asaltos: aullando como diablos y con una gruesa piedra en la mano derecha y la varilla en la izquierda. Unas cuantas varas antes de llegar a la bocacalle lanzamos esas piedras y tras ellas, blandiendo las varillas, nos echamos resueltamente sobre la sorprendida tropa enemiga. Unos pocos muchachos intentaron hacer resistencia, pero fueron arrollados y desarmados a varillazos por nosotros, cayendo prisioneros. ¡Quedamos dueños de la bocacalle!

Bajo la enérgica dirección de los jefes organizamos rápidamente la defensa, y al abrigo de la oscuridad comenzamos a contener a los que avanzaban desde el Sur, con una lluvia de flechazos que se aprovechaban todos, pues ellos venían ya cerca y muy confiados y eran tantos que cubrían toda la calle. Yo vi a varios muchachos de esos soltar de pronto las armas y vi también caer a tres o cuatro. Eso sembró la confusión entre nuestros atacantes, que retrocedieron un gran trecho y se echaron después a las aceras, buscando el abrigo de las tapias y paredes, para disparar desde allí sus flechas, cuyas piedras pasaban silbando por nuestra bocacalle. Pero siempre quedaron en desventaja, pues nosotros los alcanzábamos a ver muy bien y podíamos cazarlos a flechazos perfectamente. Nuestros enemigos no debían ser muy buenos combatientes o carecían de jefes resueltos, porque siendo tantos y estando en tan expuestas posiciones era realmente inexplicable que no se lanzaran al asalto, para quitarnos la ventaja y el respiro que estábamos aprovechando nosotros. Eso nos decía el Chino Mesén, burlándose e insinuando la posibilidad de un victorioso contraataque nuestro.

Pero ese respiro duró poco. La tropa que habíamos desalojado de la esquina se reorganizó prontamente y con muchos refuerzos más volvió a la carga, atacándonos por el Norte, por el Este y el Oeste. Entonces nuestra situación se tornó gravísima. Las piedras roncaban y barrián nuestras bocacalles en todas direcciones y no encontrábamos hueco dónde podernos guarecer. Oí algunos ayes en lo oscuro y yo recibí una recia pedrada en la espalda que me hizo gemir y caer de bruces. Me levanté y seguí combatiendo, pero un poco desmoralizado ya. En ese momento nuestro Comandante gritaba, desde la bocacalle oeste:

—¡Muchachos! ¡Tenemos que salir hacia el Barranco, por esta calle y haciendo correr a los que están allí! ¡Sólo así nos podemos zafar, porque aquí nos van a matar a todos! — Y agregó con rabia: —¡Es mejor eso que caer prisioneros!

Ya nos disponíamos a cumplir esa orden, cuando se oyeron los silbatos de la policía, y un pelotón montado, blandiendo las crucetas, apareció en la otra esquina, por detrás de las tropas que nos atacaban desde el Sur, mientras otro pelotón, avanzando de Este a Oeste por la avenida que desembocaba en nuestra esquina, galopaba hacia nosotros esgrimiendo también las pesadas crucetas. Y entonces los combatientes de ambos bandos, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, nos volvimos todos contra el enemigo común y la emprendimos a pedradas contra la caballería, logrando contenerla momentáneamente y desmontar a dos policías. Pero llegaron más refuerzos de caballería y luego oímos sonar, allá a lo lejos, la sirena y la campana de la *Bomba Nox**. ¡Los bomberos, con sus mangueras, también venían a intervenir contra nosotros! El ejército del Paso de la Vaca comenzó a desbandarse y a huir en todas direcciones, y el Chino Mesén gritó entonces, jubilosamente:

—¡Zafémonos, muchachos! ¡Hora esos bandidos ya no pueden decir que nos corrieron ellos! ¡Quedamos empataos!

Y muy alegres echamos a correr todos hacia el Oeste, renqueando algunos, y haciendo trizas de pasada los vidrios de las ventanas que íbamos encontrando, para torcer después al Sur, internarnos por un terreno cubierto de matorrales, bajar y volver a subir un barranco y luego, cambiando de nuevo el rumbo hacia el Oeste, salir e ir a dar la vuelta por detrás del Asilo Chapuí.

Cuando llegué a mi casa, renqueando y cubierto de gloriosas magulladuras, mi tío Zacarías, que me esperaba en la sala, me recibió furioso, preguntándome:

—¿Quién le dió a usted permiso pa andar a estas horas en la calle?— Y luego, mirando la facha en que llegaba yo, volvió a inquirir:

—¿Por qué viene renquiando y cómo se hizo esas chichotas?

—Fué que unos amigos nos pidieron que les ayudáramos... y fuimos... pues... a defenderlos —le expliqué, tartamudeando y encogiéndome ya.

—¡Ah! ¿sí? —exclamó mi tío.—¡Pues hora yo le voy a dar amigos! —Y cogiéndome de un brazo me condecoró con una tanda de chilillazos tan furiosamente dados, que obraron el milagro de hacerme olvidar la renquera que llevaba.

Para desgracia mía, esa renquera no fué permanente. Por eso a mí no me podrán llamar en los venideros siglos, como al Manco de Lepanto, el Gran Renco del Paso de la Vaca.

Al día siguiente de esa homérica batalla los periódicos de la capital armaron un gran escándalo, respondiendo al clamor de los pacíficos vecinos de aquel barrio, escenario glorioso de nuestra más heroica y memorable hazaña. Y el Jefe de la Policía, uniéndose al coro de nuestros difamadores, en unas declaraciones que publicara cubrió de denuestos a

todos los esforzados combatientes y anunció también la más minuciosa investigación y severos castigos para los cabecillas de tan descomunal pedrea. Varios detectives recorrieron después los barrios del Paso de la Vaca y La Merced, realizando esa cacareada investigación que me hizo vivir a mí muchos días amargos, esperando ver llegar la policía a mi casa de un momento a otro. Pero nada lograron averiguar, y por nuestro vecindario ningún detective asomó la nariz siquiera. A pesar de eso, tuvo que pasar mucho tiempo para que el glorioso ejército de "La Vencedora" se atreviera a intentar nuevas hazañas.

Entiendo yo que esa "batalla" del Paso de la Vaca fué la más importante y famosa de cuantas ocurrieron en aquellos bravos tiempos, por los astutos movimientos de ambos bandos, por las artimañas que allí se emplearon y por el número de muchachos que en ella participaron y que con mucho pasó del medio millar, si contamos también a los de La Merced. Pero no fué la más estúpidamente peligrosa. Pequeños combates hubo después en los que ciertos malintencionados muchachos, no satisfechos ya con las piedras y los palos, para hacer daño al "enemigo" usaron también pistolas y rifles fabricados con tubos de cañería y huecas varillas de paraguas, que disparaban con pólvora y cargaban con balines, clavos y pedacillos de metal. Varios combatientes resultaron gravemente heridos con esas armas y más de alguno salió de tales peleas con un ojo menos, hasta que la policía intervino enérgicamente y terminó con esos peligrosos entretenimientos. ¡Las cobardes y malditas "armas modernas" provocaron la muerte de las guerrillas!